

La calle para el miércoles dos de febrero de 2011
Diario de un espectador
Leñero borrachísimo
Miguel ángel granados chapa

La cruda sinceridad que ha sido siempre una característica de las letras de Vicente Leñero se ha acentuado al paso de los años. No es que se haya convertido en exhibicionista pero en sus narraciones o semblanzas adopta un tono autocrítico que no necesita decir su nombre. Sus confidencias y confesiones son, además de reveladoras, sabrosísimas.

Léase, para ejemplo, esta crónica de una borrachera reciente, resultado de que el cineasta Jorge Fons, el escritor Álvaro Uribe y Leñero comieran durante horas y horas y sobre todo bebieran siete botellas de vino Concha y Tro, lo que significa que cada unoapuró dos botellas y un tercio del muy buen caldo chileno.

“Ya cargada la noche y pagada la cuenta, me levanté a orinar por enésima vez. Cuando regresé de los sanitarios mis amigos se habían volatilizado como fantasmas. No nos dijimos adiós. Sólo en el momento en que el hombre del valet parking puso enfrente mi auto me di cuenta de que estaba alcoholizado; pedísimo, es la palabra.

Como había quedado de llegar temprano a casa, Estela se preocupó. Llamó a mi vecino-yerno Jesús Ochoa, quien salió pitando hacia el restaurante cuyo nombre localizaron en mi calendario-agenda. No llegó a tiempo. Ya iba yo conduciendo por la avenida Mazatlán.

Un taxista trató de llamarme la atención por las eses que el auto trazaba, pero no me detuve hasta distinguir el centelleo de la torreta de una patrulla estacionada.

Recuerdo apenas la sombra del patrullero asomándose por la ventanilla:

--Usted no puede manejar en ese estado --gruñó con voz de granito.

--Claro que no --respondí-- ¡Claro que no!. Y de inmediato le ofrecí cien pesos ¡cien pesos! que valoré como una cantidad extraordinaria, si tomaba el volante y me llevaba hasta mi casa.

Ahora que me ayuda la memoria no deja de sorprenderme la reacción servicial del policía, sobre todo por la inveterada costumbre de creer que los tiras están prontos a aprovecharse de un beodo par saltarlo o llevarlo, en el mejor de los casos, a alguna unidad del alcoholímetro.

Este no. Gustoso y presto se puso al volante, dijo algo sobre las delicias del alcohol, sobre el derecho que todos tienen a pasarla bien con el trago, y seguidos de la patrulla, del taxista y del auto de Jesús Ochoa, quien localizó mi vehículo ya tarde, cerca de la avenida Revolución, llegamos en caravana hasta mi domicilio.

El uniformado me entregó con Estela mientras yo sacudía en al aire el billete de cien pesos, y Ochoa se ofrecía como culpable ante el patrullero jefe. Yo tuve la culpa, oficial. Quedé con mi suegro de recogerlo en el restaurante pero me entretuvieron en la filmación de una película. Yo tuve la culpa, insistía Ochoa.

‘El permaneció unos instantes más en la banqueta garabateando autógrafos para los policías honrados y el taxista.

Yo caí en la cama como un lugar común”.

Esta crónica es parte de la entrega correspondiente al enero de 2011 que el lunes llegó a su fin, de la columna Lo que sea de cada quien que el afamado autor y periodista escribe todos los meses en la *Revista de la Universidad de México*“.. La peripecia policiaca se inició meses atrás cuando Fons regaló a Leñero un ejemplar de *El expediente del atentado*, de Uribe. El realizador de cine se había propuesto en aquel entonces filmar una película con ese libro como base, objetivo que finalmente logró. El resultado fue una magnífica cinta con Daniel Giménez Cacho.